



## *Mies encendida*

RUFINO FÉLIX MORILLÓN

Tenemos el honor de publicar en nuestro Boletín un buen manojito de poemas, inéditos hasta ahora, que Rafael Rufino Félix (Mérida, 1929) ha tenido la bondad de entregarnos. A solicitud del gran escritor, adjuntamos como preliminar los apuntes, levemente retocados, que sobre sus distintas obras he ido componiendo.

El 1 de diciembre de 1993, una hermosa aventura editorial, sostenida por el desaparecido Juan María Robles Febré, los “Cuadernos Poéticos Kylix”, sacaba en su número 29, extraordinario, el volumen homenaje *A Jesús Delgado Valhondo*, el extraordinario poeta, entonces recién fallecido y en quien tantas similitudes encuentro con Rafael Rufino. En aquellas páginas, impregnadas de melancolía, publiqué uno de los pocos poemas que he dado a imprenta. Y allí puede leerse una extraordinaria necrológica, “El vendaval Jesús”, firmada por el escritor a quien aquí presentamos. La evoco porque entre sus líneas localizo unas palabras sumamente ilustradoras para entender la estética de Rafael R. Félix.:

“Conocí a Jesús –escribe – en los años cincuenta. Por entonces, yo había comprado en el Rastro madrileño *Soledades, Galerías y otros poemas*, de Antonio Machado, y el deslumbramiento de su lectura afirmó mi condición de hombre que encuentra en la magia de la palabra poética un universo sensual y revelador”<sup>1</sup>.

Esta confesión de quien tengo por una de las voces más logradas de los poetas extremeños vivos, me trae a la memoria otra similar, en la que Luis Cernuda describe su propia experiencia iniciática:

“Entreví entonces – evoca el gran lírico andaluz – la existencia de una realidad diferente de la percibida a diario, y ya oscuramente sentía cómo no bastaba a esa otra realidad el ser diferente, sino que algo alado y divino debía acompañarla y aureolarla, tal el nimbo trémulo que rodea un punto luminoso”<sup>2</sup>.

Hay una tercera declaración de otro grande del 27, que deseo recordar para establecer las líneas estéticas del escritor emeritense. Hablo de León Felipe, autor de estas declaraciones en su célebre *Astrología rota*<sup>3</sup>:

“Yo no soy el filósofo.

El filósofo dice: pienso, luego existo.

Yo digo: lloro, grito, aúllo, blasfemo... luego existo.

Creo que la Filosofía arranca del primer juicio. La Poesía, del primer lamento. No sé cuál fue la palabra primera que dijo el primer filósofo del mundo. Lo que dijo el primer poeta fue: ¡Ay! ¡Ay!

Este es el verso más antiguo que conocemos. La peregrinación de este ¡Ay! por todas las vicisitudes de la historia, ha sido hasta hoy la Poesía”.

El año 2002, Rafael publicó *Las ascuas*, uno de los poemarios más hermosos, honestos y conmovedores que me ha sido dado leer en mucho tiempo. Que llegase refrendado con la consecución del V Premio Ciudad de Salamanca, cuyo jurado presidía el exigente profesor Ricardo Senabre, refuerza el

1 Pág. 22

2 *Ocnos*, Sevilla, Ayuntamiento y otros, 2002, pp. 13–14.

3 Buenos Aires, Losada, 1957, pág. 141.

interés por su lectura. *Las ascuas*, con un título de claras connotaciones: lo que queda del antiguo ardor, es un libro que rezuma poesía de la máxima calidad.

Pero antes de proseguir, quiero acudir a unas palabras compuestas por uno de nuestros mayores clásicos. Topé con ellas hace días, en uno de esos excursos ocasionales que solemos hacer por los textos antiguos y de los que nunca se vuelve con las manos desnudas. Si las traigo a colación, es porque me parecen una proclama estética que Rufino Félix suscribe en su totalidad:

“Hase de usar la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la nuestra a todas gentes, ni a cada paso, sino cuando con venga y sea razón que la muestre. La Poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límite de la discreción más alta. Es amiga de la soledad; las fuentes la entretienen; los prados la consuelan; los árboles la desenojan; las flores la alegran y, finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican”<sup>4</sup>.

Así veo yo la obra lírica de Rufino Félix, fiel trasunto de su propia personalidad, ajena a capillismos, clientelismos y otras venecianas frivolidades que suelen florecer en el parnaso nacional, especialmente en el de las comunidades pequeñas, como Extremadura. Con la misma libertad que también exaltase el autor de *El Quijote*, nuestro hombre ha ido construyendo en poco más de dos lustros una obra ya consolidada, con títulos tan importantes como *Tarde cerrada* (1989), *Crestería de la sal* (1990), *Consumación del tiempo* (1991), *Párpado de espumas* (1992), *Reloj de arena* (1994), *Voz distante* (1994), *Memoria de la luz* (1998), *Versos recobrados* (2000) y *Las aguas litorales* (2001).

Pero volvamos a lo que importa. *Las ascuas* se abre con un estremecedor verso de Luis Cernuda: “Un hombre gris avanza por la calle de la niebla “. Esta circunstancia podría ser un simple adorno, una concesión a la moda (por entonces se estaba en el año de homenajes al personalísimo e independiente poeta andaluz), pero también algo mucho más profundo: muestra del

4 Miguel de Cervantes, *La Gitanilla*, Madrid, *Novelas Ejemplares*, Espasa-Calpe, 1980.

hábito lector de nutrirse en las mejores fuentes. Porque de ellas ha bebido nuestro autor, cuyos versos adornan la hondura, limpieza, serenidad y nitidez expresiva propia de los grandes creadores.

Se abre con un poema falsamente coloquial, el diálogo no respondido entre el poeta y su propio corazón, testigo fiel de los amores, las nostalgias, los sentimientos plurales...Poema que concluye con este verso: “Las ascuas se apagan lentamente”, ofreciéndonos la clave de todo el libro. Las ascuas constituyen el testimonio residual de “lo ardido”. Y bien se sabe que un auténtico escritor es capaz de hacer arder incluso el mar (Pere Gimferrer), por aludir a otro de los referentes casi ineludibles de Rufino Félix, el mar, la mar siempre recomenzada (P. Valéry), ese gigantesco animal acuático, siempre vivo y suspirante, acaso también tumba generosa, junto al que gusta pasar luengas temporadas orillas de Cádiz.

La obra se nuclea en torno a tres campos semánticos, de los que no resulta difícil percibir las significaciones:

Por un lado, el archilexema **sangre**, como símbolo de lo más puro y auténtico, de la hombría, la sinceridad, lo que no engaña. En torno a este término, de máxima recurrencia en la obra – aparece en casi todos los poemas –, encontraremos otros familiares, de la misma esfera semántico-estructural, como **venas, corazón, latidos, amapolas...**

Por otro, ya desde el título, según subrayé, recuerdo de la pasión no claudicante, de los fervores aún encendidos, tenemos las **ascuas** y junto a ellas **incendio, lumbre, focos, fuego, relámpago, fulgor, ardor, llamas, fiebre, hogueras, brasas, ardentía, fogosidad, brasa** o sus antónimos **pavesas, cenizas, etc.**

Por último, tendríamos el término “**casa**” (ese *topos* lírico consagrado por Claudio Rodríguez) y otras palabras que, como en asociaciones léxicas o sintagmáticas, nos evocan la residencia, el domicilio propio, el paisaje familiar, la íntima penumbra, la proximidad del tálamo, como símbolo del cálido, transparente lugar, el espacio de luz donde encontrarse seguro (“siquiera este refugio”), frente a las amenazas exteriores: **puertas, ventanas, paredes, patios, despensa, muros, alarife, techos, balcones, íntima penumbra...**

Con tales recursos expresivos, no extrañará el fuego, la pasión, explícita o subyacente, domeñadas en todo caso por el pudor, que incendian estas páginas.

Podría decirse que hay algunas constantes temáticas, todas ellas unidas por lazos comunes: el clásico, melancólico *Ubi sunt ?*, el inquietante *Où sont les neiges d'antan?* (las prestancias juveniles, el vigor corporal, la rebeldía, las ilusiones...); el no menos conocido *De senectute*, pero también la permanente llamada de Eros; la conmoción ante determinados paisajes (el teatro romano de Mérida); algunos momentos singulares (estancia en la UCI; una tormenta); la meditación sobre la propia poética y, por encima acaso de todo, la conciencia temerosa de la caducidad de los días, la proximidad definitiva del desenlace fatídico, que se anuncia incluso en los más leves signos.

Así, el poeta nos habla, con tropos bellísimo, pero que a nadie engañan, sobre

La consumación del poema

Otra música

El desmoronamiento de la luz

El naufragio

La leva del regreso

El último camino

Donde aguarda la ausencia (otro eco de Cernuda : donde habite el olvido).

Cuando mi voz anide ya en la tierra...

Con este poemita, el único breve de la obra, pero sobrecogedor por su intensidad concluye *Las ascuas*:

*Cuando hayamos cruzado*

*El umbral,*

*El tiempo, con su llave*

*De ceniza,*

*Cerrará tras nosotros*

*La puerta pavorosa.*

*Y de vuelta al origen:*

*Voz no nacida, ausencia.*

*Mas ahora, para siempre.*

Tremenda impresión (la del “pulvis es”), acrecentada por el espacio en blanco, que sugiere la ruptura definitiva.

Desde el punto de vista formal, R. Félix trabaja con los versos blancos (sólo hay dos poemas asonantados), de arte mayor, en poemas de amplio aliento, siempre perfectamente contruidos y con rotundos finales, característica que me importa mucho señalar.

La desnudez lingüística no impone pobreza, sino eliminación de elementos espurios, innecesarios y, por lo mismo, molestos. Nada sobra aquí. Todos los elementos expresivos tienen una razón, una funcionalidad clara. Y si se trata de materiales tomados del habla común, cuya belleza surge por el sabio uso que de ellos se hace, también es verdad que Rufino no rechaza los adornos ocasionales.

Ahora bien, la hermosura de los versos nace del tino con que se construye el discurso lírico, en el que aparecen deslumbradoras metáforas.

El poema sólo se salva si su voz la esclarece la urdimbre (el trabajo de lija) y “ el sentimiento puro que lo traba”. Salvados para siempre quedan los que componen estas **ascuas**, que no resulta posible frecuentar sin quedar prendidos en ellas, iluminarse y arder al unísono con su autor. Y esta es la virtud máxima del escritor: poner a latir los pulsos que se le aproximan, no dejar indiferentes a los ojos visitantes, incendiar merced a la propia llama a quienes tengan el valor de acercársele.

El año 2003, el Ayuntamiento de Mérida tuvo el feliz acuerdo de recoger toda la poesía hasta entonces editada de Rafael en un hermoso volumen, *El tiempo y el mar. Obra poética*. Lo acompañaba un excelente estudio preliminar del profesor Francisco López-Arza Moreno.

Resulta reconfortante considerar que, en los tiempos últimos, han venido reeditándose, con no idéntica fortuna, las Obras Completas de algunos de nuestros más notables escritores. Aludo a las poesías de José María Valverde, Luis Álvarez Lencero, Manuel Pacheco, Jesús Delgado Valhondo, Juan Manuel Rozas, José Antonio Ramírez Lozano, José Antonio Zambrano, Juan Carlos Rodríguez Búrdalo, Jaime Álvarez Buiza, José Antonio Gabriel y Galán, Basilio Sánchez o Basilio Rodríguez Cañada.

Que vean la luz pública tantos autores de distintas filiaciones estéticas y políticas, a cargo de instituciones privadas o públicas, gobernadas éstas por partidos diferentes, me hace concebir la esperanza de que nuestra Región comienza a caminar por vías de la tolerancias, el aperturismo y el respeto a la cosa bien hecha, superados al fin las actitud excluyentes, el conmigo o contra mí y otras cerriles actitudes, que tantas veces nos han crucificado.

Recoger la voz lírica de un poeta constituye trabajo nada desdeñable, sobre todo si, según es costumbre, fue expandiéndose no solamente en poemarios éditos y fáciles de localizar, sino que también se entregó generosa en páginas de periódicos, revistas, boletines e incluso hojas volanderas, lugares que tantas veces ni el propio autor guarda en la memoria. Si a ese esfuerzo inquisitivo se une, como es el caso, el de organizar adecuadamente el corpus poético, prologarlo con el estudio que lo contextualice y señale los rasgos identificadores, anotar en su caso las variantes, añadir notas aclaratorias a pie de página, disponer los correspondientes índices..., debe reconocerse el valor de un logro rotundo. Este mérito corresponde al profesor Francisco López-Arza y me complace reconocerlo.

“Quien toca un libro, toca un hombre”, venía a decir el patriarca W. Whhitman. ¿Y quién toca a un libro de libros, a todos los compuestos por alguien a lo largo de su vida? El afortunado lector de obras así no sólo toca a quien lo fue generando, sino que lo desnuda, lo radiografía y, sin duda, llega casi inevitablemente a admirarlo e incluso a quererlo.

Aquel impresionante volumen, con más de 700 páginas, acumula los versos publicados por su autor a lo largo de medio siglo. Es lógico que en un periplo vital así, el hombre experimente metamorfosis profundas, capaces de imponer hondas variaciones a la hora de afrontar el hecho creativo. También ocurre con nuestro escritor. Pero en una línea que me interesa mucho señalar: Suele indicarse cómo los grandes libros de poesía se escriben en plena juventud, para ir decayendo a medida que al autor le pesan los años, las experiencias y hasta los conocimientos. Casos hay, como el de Rimbaud, que concluyen antes de la veintena una obra capaz de elevarlo a las cimas máximas de la literatura universal, para después encerrarse en un silencio absoluto. Yo

quiero decir que en la poesía de Rafael, hasta el día de hoy, en espléndida madurez, se percibe una línea contraria: sus poemas son cada vez mejores, más puros e inquietantes., en una palabra, más perfectos, hasta el punto de que debe figurar muy justamente entre los grandes de la poesía no ya extremeña, sino española. Que haya recibido el prestigioso premio Ciudad de Salamanca cuando ya pesan sobre sus hombros tantos amaneceres, reafirma mi tesis. Por lo demás, bienvenidos sean tales galardones, si sirven, según parece ocurrir en este caso, para que su personalidad recabe las atenciones merecidas.

Juzgo un acierto que estas obras completas lleven el título de *El tiempo y el mar*. Constituyen sin duda los dos grandes referentes de esta poesía, que alguien definió exactamente como “palabra en el tiempo”. Ahora bien, el tiempo resulta cosa ardua de determinar: pruébelo San Agustín, quien manifestaba saber lo que era *si no se lo preguntaban; pero que lo desconocía si le interrogaban por él*. Para mí, Rafael se sitúa siempre en un tiempo interior, íntimo, el suyo, el que le marcan los relojes de sus propias pulsaciones, el discurrir de las horas marcadas en nuestras células y neuronas. Por eso la suya es siempre una voz tan personal, sorda a los ruidos vanos, a los ecos espurios, a las distracciones circunstanciales, atenta sobre todo a la angustiosa transitoriedad de nuestros días y a los poquísimos anclajes que tenemos para no ser arrebatados: el amor, la belleza, la memoria de una infancia feliz, el pensamiento libre, la distancia irónica, el lenguaje mismo.

Y el mar, que tanto atrae a los extremeños de secarrales y penillanuras áridas, simboliza asuntos tan queridos por nuestro autor como el impulso vital irrefrenable (*La mer toujours recommencée*, del admirado Valéry), la pureza prístina, la desnudez, las cresterías de sal, las ganas de vivir y la libertad (¡qué ridículo histórico el de Jerjes, ordenando a sus sátrapas que azotasen el Egeo porque no se atemperaba a sus órdenes!).

Tres partes presenta el volumen:

- los poemas sueltos
- los inéditos
- los libros antes publicados.

Si entre los primeros existen joyas auténticas, los segundos nos aseguran que el caudal creador continúa abundante y convincente. Pero son, claro está, los poemarios la pieza clave de esta extraordinaria colección. Cada uno tendrá sus preferencias en tan rico elenco. Reseñé *Crestería de la sal*, editado por el Ayuntamiento emeritense con poco tino gráfico (después, 1994, restituidos merced a Tecnigraf), en la *Revista de Estudios Extremeños* (III-1990), cuya dirección llevaba yo por entonces, y dije que la hondura, desnudez y emoción de sus versos me impresionaban. Me convencí entonces de que estábamos ante uno de los más grandes de nuestros escritores.

Cinco años más tarde, saludé públicamente, conmovido por su hondura, belleza y honestidad, *Las aguas litorales* (periódico *HOY* y *Bibliografía Extremeña 2000-2001*).

Y me sedujo hasta la entrega total *Las ascuas*, que tuve el honor de presentarle a un público numerosísimo de Mérida, asistencia masiva acorde con el reconocimiento de sus paisanos a este hombre. Ante este libro, que se abre con un estremecedor verso de Luis Cernuda: *Un hombre gris avanza por la calle de la niebla*, dije aquella tarde de lluvia melancólica y sostengo hoy : es uno de los poemarios más hermosos que he podido leer en los años últimos.

Todavía una postrera reflexión: estoy absolutamente convencido de que, cuando ya es posible tener delante toda la producción lírica de Rufino Félix, nadie va a ignorar la importancia objetiva, el peso y la relevancia de una poética deslumbrante. Aquí hay para todos los gustos, en calidad indiscutible, signo de la maestría alcanzada por el autor: Sonetos, coplas, villancicos, décimas, soleares, romances, estrofas clásicas de cualquier factura y muy especialmente versos libres y versos blancos. *El tiempo y el mar* constituye un hito de las letras extremeñas y, por qué no, de las castellanas.

Tras la aparición de aquel volumen, R. Rufino volvería a la luz con *Las puertas de la sangre*, obra que obtuvo ex aequo el Premio Ciudad de Badajoz 2005, en cuyo jurado figuraban poetas de tan distintas voces como Luis Alberto de Cuenca, Ángel Sánchez Pascual, José Antonio Ramírez Lozano, Diego Valverde Villena y Jaime Álvarez Buiza.

Hace ya algún tiempo, Ricardo Senabre constataba en la obra de Rafael una madurez y hondura ejemplares. Francisco López–Arza no duda en sostener que “la poesía de Rufino Félix desprende una emoción pocas veces conseguida en la lírica actual. Su verso brilla a la altura de la mejor poesía española de nuestro tiempo”. Miguel Florián, por su parte, no dudó al emparentarlo con las poéticas de Rilke, Vinyoli, Seferis o el mismo Saint–John Perse por la altura épica y elegíaca de los versos del extremeño.

Durante la presentación de la obra, que tuvo lugar en el hermosísimo patio renacentista de la Casa Luis de Morales (Badajoz), el propio escritor desvelaba las claves de su estética ante un público entregado. “He entendido la poesía –declaraba– como una manifestación de la esencialidad, un ahondamiento en el amor y el dolor, vínculos humanos que jalonan la temporalidad de nuestra existencia. Mi verso ha procurado restituir al corazón lo que a éste le ha ido faltando: el tiempo que se va, los seres, los afectos y las cosas que me han acompañado y yo he mirado de forma limpia. El poema, que nos abre la puerta de la imaginación y las revelaciones, es un bien escaso que conviene reservar, y no adulterarlo. Él es música, sentimiento, sugerencia, y va al encuentro de lo decisivo a través de lo esencial, para intentar permanecer por encima del tiempo y sus avatares”.

Algo después, aparecía *La soledad de las arenas* (Sevilla, Algaida, 2007), otro poemario magnífico. Escribe David C. Hall, en un prólogo al disolvente libro de Roger Wolfe *Quién no necesita en qué apoyarse* (Alicante, Aguaclara, 1993), lo que sigue : “El poeta, como el monje, es un ser absurdo, anacrónico, totalmente inútil dentro de la economía de mercado, con una atracción fatal para el sufrimiento, una mínima posibilidad de ver una recompensa antes de la muerte y muy poca de verla después”.

Pues bien, uno de estos especímenes, que ya Platón quería ver expulsados de la República (la ciudad ideal proyectada por aquel primer teórico de la antidemocracia), nos concitaba nuevamente con una obra exquisitamente publicada por la editorial andaluza Algaida. Aunque se trate de una anécdota paraliteraria, que en nada prejuzga las calidades del texto, llamo la atención sobre la misma: este libro de Rafael sale a luz sin apoyaturas oficiales de

ningún tipo, aunque me consta que las tuvo, si bien no llegaron a cuajar, ignoro todavía las razones (si bien puedo sospecharlas).

Los que siguen la producción de Rafael, saben la importancia que en sus obras adquieren el mar y sus aledaños (playas, caletas, esteros, salinas), símbolo polivalente donde los haya. En sus habituales paseos por la bahía de Cádiz, como Paul Valéry en la de Sète, donde puso el inolvidable Cementerio Marino, nuestro escritor se impregnaba de la *Crestería de la Sal* (uno de los grandes títulos de las letras españolas); encendió *Las ascuas* (Premio ciudad de Salamanca) ; ilumina *Las puertas de la sangre* (Premio Ciudad de Badajoz) o persigue *La soledad de las arenas*. Bastarían estas entregas, para sostener que estamos quizás ante el más rico, intenso, maduro, conmovedor y acertado de los poetas extremeños vivos. Así lo siento y así lo proclamo.

La obra, magníficamente prologada por José Luis Álvarez, catedrático de literatura e importante escritor, consta de 74 poemas. Son justo los años que tenía Rafael. Es posible que algunas de estas composiciones se hayan incluido aquí para completar esos dígitos y rompen ciertamente la unidad de la obra. Sin embargo, son en sí mismas composiciones de tanta valía singular, que bien merecen figuren en el conjunto, por más que pertenezcan a otros registros líricos. Estoy refiriéndome a esa gavilla de versos dedicados al mundo del toro, otra de las pasiones de nuestro escritor, que con tanta brillantez dibuja los lances de la fiesta nacional o la gracia de sus maestros, como Pepe Luis Vázquez o Juan Belmonte.

Son pinceladas deslumbrantes, pero un punto ajenas, en este corpus conmovedor, íntimo y desgarrado, que turba y emociona hasta los tuétanos. Porque los dos grandes temas de la obra son los mismos que vienen modulando, según sus personales percepciones, los grandes poetas de todas las culturas: eros y thánatos, el amor y la muerte. Constituyen el eje sobre el que bascula *La soledad de las arenas* (y llamo la atención sobre la redundancia del título, recordando que el fenómeno recurrente, sin caer en tautologías fáciles, es fundamental en la obra lírica).

Pedro de Lorenzo, el novelista que más y mejor ha reflexionado sobre Extremadura, señalaba como nuestro máximo signo identificador el gusto

por la soledad. Me admira que tres excelente escritores nuestros hayan publicado ha poco estas tres obras casi simultáneas: *La soledad del anfitrión*, de José Antonio García Blázquez (Madrid, Biblioteca Nueva); *La soledad partida*, de Jesús García Calderón (Mérida, ERE) y la que aquí nos ocupa.

Junto a aquellos dos máximos asuntos, el amor y la muerte, encontraremos también las reflexiones metapoéticas, la confesada perplejidad ante ese lenguaje que tantas veces se nos va de vacaciones (por decirlo con frase de Wittgenstein), nos seduce y desampara, haciéndonos topar con límites insuperables para quien se sabe poseedor de mundos que compartir. Esa lucha contra las incapacidades del verbo, que cruza toda la poesía contemporánea desde los románticos hasta hoy, es constatable también aquí, si bien el autor logra con engañosa facilidad (nunca es como lo parece) domeñar las palabras y hacerlas servir de vehículo oportuno.

En la parte primera de la obra sobresalen los poemas amorosos, algunos de marcado erotismo, que me traen el recuerdo del mejor Aldana. Es verdad que los pulsos ya no son juveniles, por más que la imagen de la mujer tan amada continúe abrasándolos. Las estrofas se impregnan con la nostalgia del “ubi sunt”, pero en estos versos aún late el calor de lo ardido, el fragor de las lides (“a batallas de amor, campos de pluma”, escribía Góngora). El mar, ciudades como las ineludibles París o Venecia, el Madrid de la juventud, Mérida siempre, fueron acaso testigos y reciben las oportunas evocaciones. Asonantados unos, en métrica libre otros, casi todos los poemas son ahora de arte menor, acordes con gracia ligera del canto. Se cuelan así mismo algunos magníficos apuntes sobre imágenes de la infancia (“ Aquellos segadores”), o anécdotas emocionantes (“ La orquesta del Titanic”).

El segundo tramo – tras el toque taurino que antes señalé – bascula preferentemente hacia consideraciones existenciales, culminando en esa dolorida “Meditación”, que cierra el libro. Con un tipo de adjetivación próximo al de la literatura clásica (aciaga noche, voces lastradas, tiempo evanescente, ámbito oscuro, confuso sueño, leemos en este breve poema final), el poeta nos dice sus estados de ánimo, conturbado por el “tempus fugit”. Los versos se amplían, a tono con la magnitud del tema. La muerte de las personas queri-

das, “los días sangrantes de las mutilaciones/ cuando la pena es tajo que cercena la vida/ y en muñones oscuros/ afianza su presencia”, anticipan el propio adiós y dan origen a rotundas elegías, como la dedicada a Eladio Parodi, o a ese amigo anónimo, cuyo cadáver se rehúsa ver para recordarlo siempre en plenitud. Lo honra, sí, con una honda pena “negro dolor cuajado en la corbata”. Y no faltará la permanente memoria de los padres, tan queridos.

Como cantó Antonio Machado (veo a Rafael mucho más próximo al poeta de *Soledades* que a Juan Ramón Jiménez, con quien en ocasiones se le compara, aunque por las formas métricas se aproxime más a éste), las voces de nuestro paisano “brotan de un manantial sereno”. Él construye preferentemente con un manantial lingüístico del código común, el que usamos en nuestras comunicaciones cotidianas, elevándolo sólo merced a la musicalidad y a la atinada colocación de los materiales empleados. Sólo en ocasiones se permite términos selectos, innovaciones sintácticas o neologismos, algunos realmente felices.

La poesía de Rafael, si velada e intimista, rehúye las frivolidades, los juegos vacuos, los experimentalismos tantas veces engañosos, la pedantería de los guiños culturales presuntuosos o el cripticismo frustrante con que otros muchos nos castigan. Cualquier lector medianamente iniciado en el arte de la musa Euterpe disfrutará percibiendo la comunión que en sí mismo brota al impulso de tan cálidos poemas. Introducirse en ellos es rodearse de un aura, de un clima ferviente, que también a nosotros nos hará hervir por simple fenómeno físico. Ese fue siempre el sello de la auténtica poesía. *La soledad de las arenas* la proyecta a raudales.

Todo volvió a confirmarse con la última entrega que conocemos del emeritense, *El aire verdecido* <sup>5</sup>, tan conmovedora como todas las suyas. Rafael Rufino escribe una poesía de gran perfección formal, cargada de sentimientos, que nunca dejarán indiferentes a los lectores. La nostalgia, la melancolía,

5 Mérida, De la luna libro, 2008

el ansia de vivir lo que aún el destino nos depare, junto con la conciencia de un final más o menos próximo impregnan todo el poemario.

Espero que los lectores asientan tras conocer la selección de versos que a continuación se ofrece bajo el título “Mies encendida”.

## LA QUEMAZÓN

Llueve en este poema  
aunque sea un día soleado  
que fatiga el respiro.  
Desde el alto caudal  
de su escritura  
baja fresco el recuerdo  
en las palabras;  
mientras, el corazón  
aviva su memoria  
y, desembarazado  
del agobiante sol,  
escucha el canto claro  
de la lluvia temprana  
en los versos que alejan  
de la sangre  
la quemazón del tiempo.

## EL BOSCAJE

En el verano  
las muchachas del sur  
atezan su apostura,  
y sus ojos ofrecen el fulgor de la noche.  
En esos días ardientes  
sus cabellos se aventan como mies encendida  
y los cuerpos cimbrean el aire enardecido.  
Cuando la noche llega  
su soledad se pierde  
en el boscaje íntimo,  
y el encuentro furtivo  
desvela el solitario silencio de los pájaros.

## CERTEZA

Lo duro no es morir:  
se conoce ya el sueño  
y su despojamiento de la vida  
cuando impone su ausencia.

Lo peor es dejar  
a cuantos amas,  
sabiendo ya que nunca  
conocerás sus penas y alegrías.

## TRAS EL FUEGO

Abro mis manos,  
se llenan de sombra.  
Miro el ocaso,  
es una inmensa hoguera.

Sombra y llamas.

Y es duro no saber  
si tras el fuego  
perdurarán las brasas  
o todo se hará sombra,  
ceniza perdurable.

## EL CANTAR

Mi cantar ya no es.  
Fue en otro tiempo  
compañía de mi voz.  
Hoy sólo es eco.

He perdido el cantar;  
callan mis labios,  
ajenos al ardor y la alegría.  
Ahora pesa el silencio.

Está mi corazón  
cubriendo con su sangre  
el erial de mi boca.  
Y el cantar no florece.

(El cantar, que pregona  
palabras encendidas)

## MOMENTOS SIN CENIZA

Estas manos ya ausentes  
del calor de otras manos,  
fatigadas de adioses  
con pañuelos de lágrimas,  
frías y sarmentosas  
por el rigor del tiempo,  
son las que en otros días  
saludaron la luz de los hechizos  
como irisados pájaros  
uncidos al deslumbre.

Aunque ya no posean  
el ardoroso pulso de la sangre  
que las hacía llamear,  
y hayan perdido el gozo  
táctil y enardecido del deseo,  
siguen siendo las manos  
a las que debo ardientes  
momentos sin ceniza.

Son estas manos mías,  
que ahora llevo a los ojos  
para secarme el llanto.

## VERANO

Hay bandadas de pájaros  
bajo ligeras nubes,  
y un aire levantisco  
encrespa el entoldado  
de blancas azoteas.

Retozan en la calle  
los muchachos; aguardan  
la lluvia refrescante;  
y cuando el agua cae  
y surgen los efímeros regatos,  
el chapoteo feliz, los salpicones,  
la alegría desbordante de su juego.

Tras de la breve lluvia  
se clarece la luz.  
Queda un aroma suave  
de tierra humedecida,  
que se va diluyendo en el aire aquietado,  
ya ardiente permanencia.

Y los muchachos siguen en su desenvoltura,  
ajenos al sopor tedioso del verano.

## LOS MANADEROS

Está cayendo el agua  
torvamente,  
como un alud de flechas fraticidas  
que abre los manaderos  
oscuros de la sangre.  
Negra y roja la tarde,  
agonizando  
ve ascender a sus labios  
la cruenta marejada;  
y se abandona al duelo  
de las aguas  
lanzadas para herir definitivamente.

El naufragio se adueña  
de los ojos,  
empapados de muerte.  
Mientras, ahoga palabras,  
caricias, despedidas...

(Esta lluvia insaciable  
que, mortales, nos hunde  
hasta el profundo lecho  
de pecios arrumbados,  
en los que yace el tiempo  
ajeno al paso eterno de los días)

## LUCES IRREDENTAS

Conservo de la infancia  
como joyel fulgente  
el lejano recuerdo de sus alegres horas,  
y en algunos momentos de mi melancolía  
vuelve la sangre a su latido claro.  
Se aviva la memoria, y contemplo de nuevo  
los juncos ribereños punzando el aire tenue  
bajo el sol encendido en las adelfas.  
En el río, lentas barcas y bandadas de pájaros  
aupan el corazón.

Mis ojos contemplaron aquel bello paisaje,  
e intentan retenerlo en la mirada  
con toda su pureza,  
prescindiendo de un tiempo  
sumergido en la nada;  
y, vivos, centellean  
con el fervor luciente en esos días  
de luces irredentas.

Cuando acaba el milagro  
y regresa la niebla,  
mis ojos se humedecen;  
y aquella lejanía que me acogió radiante  
en las horas hermosas,  
se anubla en la mirada, y se hace ausencia.

Cuando la luz se opaca en el recuerdo  
vuelve a surgir la sombra del crepúsculo.

## LAS AGUAS ÚLTIMAS

Por mi pecho sediento  
corren aguas  
que no apagan la sed.  
Arrastran de otros días  
-claros, navegadores  
por las sensuales rutas-  
los restos del naufragio.

¿De dónde esta corriente  
que acrecienta  
su bajada al olvido;  
por qué esta sed  
no logra desasirse  
del cruel despojamiento  
que me agosta?

Bajan las aguas últimas  
por mi vaciado pecho.

## CÁLICES

Alguien,  
con sus manos de orfebre  
nos talló corazones  
como fulgentes cálices.

Si ha sido Dios, y está;  
si quiere ser presencia  
en nuestras vidas,  
venga a nosotros. Llene  
de voz sagrada el templo  
donde habita el misterio  
que alienta la esperanza,  
y haga que el pan y el vino  
se hagan cuerpo viviente  
de luz eternizada,  
esta luz que decrece  
en cálices ya oscuros.

## EL ALDABÓN

El de ayer se marchó,  
y ya en la puerta aguarda  
otro día distinto.  
Suena dudoso el aldabón, temprano;  
y voy abriendo con temor la hoja  
de la puerta que tiene  
sus goznes chirriantes,  
porque no sé si llega con templanza  
o con la bronca voz de quien anuncia  
el desespero de la irremediable.

Vuelven a mí las horas.  
Desleales o fieles,  
conviviré con ellas resignado  
apurando el vislumbre de luz que me conceden.  
Mientras, se desdibuja la mirada  
en la búsqueda inútil  
de los restos del tiempo fenecido  
que jalonan los sueños.

## NORMAS

Gánale tiempo al día  
porque es corta la vida.

Tiende tu mano abierta  
ofreciendo franqueza.

Canta, y que tu canción  
enmascare el dolor.

Siembra esfuerzo, y cosecha  
tu honrada recompensa.

Y ama, que enamorado  
serás latido cálido.

Vive feliz. La vida  
es barca a la deriva,  
y hay que remar, galeote,  
hasta el negro horizonte.

## LA ERRATA

En la noche se acercaban  
voces que pronto logré  
saber lo que pretendían.  
Eran voces viejas, frías.  
¿Es el momento, pensé,  
de ofrecerme su compañía?  
Fue confusión: una errata  
que en mi calendario había.

## LOS SURCOS

Eran pocos mis años  
para apreciar tus manos  
delicadas y fieles,  
de suave claridad,  
que en la mañana  
embellecían el palpito.  
Y ahora, cuando la noche  
me ha cubierto de penumbra cruel  
y recuerdo tus manos ofrecidas,  
alzadas de promesas,  
miro los surcos  
de mi rostro en sombras  
cuajando ardientes lágrimas,  
vaciándose en la ausencia  
de tu materno amor,  
que se enclaustró en mi alma  
en los tiempos más puros  
y en este áspero instante  
mitiga mi orfandad.

## ORFANDAD

Va declinando el sol,  
y la voz se enrojece  
con las últimas gotas  
de la sangre postrada  
que el corazón estruja.  
Cuando la agonizante  
luz de la atardecida  
desdibuja palabras  
de mi vital poema,  
y sobrelleva el mundo  
este negror que funde  
la plenitud del día,  
comprenderás, mujer,  
por qué desean mis ojos  
sangrar mi verso amante  
para que en su orfandad  
cicatrice la herida  
de la doliente pérdida,  
y regrese el dichoso  
destello de la luz  
que haga vivo el contorno  
de tu emergente cuerpo.

(Venga la amanecida,  
el ardor de las horas,  
su resplandor dorado  
que ansían mis palabras...)

## VISIÓN OSCURA

¿Qué fue de las palabras?  
Ávido de su luz  
y la jugosa música,  
las reclamo; que vuelvan.  
Han perdido mis labios  
su frescura  
aromando el respiro,  
y la voz se silencia  
en la orfandad cruel  
de las postrimerías.

Que esta visión oscura  
se abra para mostrarme  
claridad en el alba,  
deslumbre en el ensueño  
de la tarde,  
lágrimas del crepúsculo:  
siempre versos que canten  
el palpito del día,  
la compañía del tiempo  
que me lleva a su origen.

Sólo pido palabras,  
palabras que recobren  
la estela luminosa del poema.

## ECO DORADO

Si llega la mañana  
sin el llamear del día  
y el mar, embravecido,  
es un turbio oleaje;  
si el viento ya domeña  
las palmeras  
con su látigo airado,  
y las gaviotas son  
fugaces alas,  
es que acabó el estío  
y no queda en nosotros  
más que el eco dorado  
de un ardoroso tiempo.

(Oh los días luminosos,  
el concilio de cuerpos  
en las arenas íntimas,  
la luz arrebolada.... la alta hoguera)

## EL ECO

Porque he acariciado  
su sedosa textura,  
no me iré de vacío.  
Tardé en saber  
que sólo las palabras  
mantienen el latido  
de su airosa esbeltez,  
el gozoso frescor  
de su armonía.

Mas hoy, ya conocido  
su temblor cadencioso,  
la gracia de sus pétalos,  
en mis sensuales manos  
cobijo la fragancia  
que encandila mi vida,  
e iriso en la mirada  
su luz inigualable.

No me iré de vacío:  
se unirá a mi silencio  
el eco de su aroma,  
voz de melancolía.

## SU SOMBRA

Hijo, porque no fueras  
árbol en soledad  
te acompañé de rosas.  
Crecisteis todos amorosamente  
con la alta luz del día,  
y hoy ya sois alameda mitigando  
este sol vespertino.

Bajo vuestro ramaje acogedor,  
en otro día que aguardo  
me tenderé a su sombra.

## CAMINAR

La eternidad se encuentra  
en las estrellas,  
en esas luminarias permanentes  
que Dios tiene encendidas  
para afirmar su luz  
ante la opacidad terrible de la vida.

-Porque tú eres claror,  
Dios mío, qué te cuesta  
ceder a nuestros ojos  
su parte en el deslumbre,  
para encontrar así  
sentido a este irredento caminar  
bajo la hermosa luz de las estrellas.

## LA VISITA

A mi lado llegó,  
pero fue breve el tiempo  
que compartió conmigo.  
Tenían sus labios  
el húmedo frescor de la alegría,  
y la luz de la tarde  
era en sus ojos  
la viveza del fuego.  
Hice recuerdo entonces  
de mis años sin mácula,  
y me vi en el azogue de su cuerpo  
como torrente de suaves orillas.

El muchacho se fue,  
y el vívido espejismo de su estancia  
dejó en mi quejumbroso corazón  
la resignada voz de la memoria,  
pidiendo su regreso  
para calmar la ausencia de los días.

## ANOCHECE

Podré perder el vuelo  
de los pájaros,  
el sonido encrespado  
de las olas,  
la venturosa luz  
de la mañana.  
Pero jamás mis labios  
perderán  
el calor del poema,  
la pasión de su voz:  
sin pájaros, palabras  
en el aire;  
sin el fragor del mar,  
el verso serenado;  
sin el clareo naciente,  
el fulgor que destella  
perdurable.

Así lo siento y digo,  
ahora que ya anochece.

## LA INOCENCIA

De los años inquietos y gozosos,  
de su clara inocencia,  
qué nos queda.  
Fue un tiempo en el que el sol  
escanciaba en los ojos  
su reguero de oro,  
y el aire era tan puro  
que brillaba en palabras  
frondosas de candor, amanecientes.  
Surgiendo cada día,  
el mundo se mostraba  
como una vasta tierra sin barreras  
donde el sosiego quedaba acotado  
por las voces amantes, que velaban  
nuestros osados pasos.

Seguimos existiendo,  
pero aquella inocencia  
nos parece espejismo; y martiriza  
recobrar su memoria,  
ahora, cuando la luz se vuelve oscura,  
se han callado las voces redentoras,  
nuestra canción es triste  
y la tierra reitera su forzada vigilia.

Y penamos. Allá, en la lejanía  
de aquel tiempo imborrable,  
resurgen los recuerdos;  
y nuestros labios tienen

temblor de sangre oscura  
y los ojos no encuentran  
el manantial de vida que fluía  
alegremente;  
estos ojos vaciados de inocencia  
que miran afligidos la desazón del tiempo.

## EL NECTAR

Siempre te esperaré:  
en la calle de ojos acariciantes,  
por la lenta avenida de los parques  
donde se embelesaban las palmeras  
mirando tu esbeltez,  
en las butacas íntimas  
del cine confidente,  
bajo el fulgor del sol  
que tú empalidecias.

Sé que ya no es posible  
tu regreso,  
mas yo te esperaré;  
porque es grato soñar  
el retorno a las horas primerizas  
cuando escanciábamos,  
ebrios de urgente amor,  
el néctar de los dioses.

## QUIERO CANTAR

Hoy,  
en este día sombrío  
que entristece la luz  
como un velo enlutado,  
quiero cantar;  
porque me pertenece  
la alegría del encuentro  
y la celebración  
del brillo juvenil  
que mi canción rescata  
del olvido,  
rayo lustral que alumbra  
la esbeltez de tu cuerpo  
y aquerencia en mis ojos  
tu dorado retorno  
avivando la luz que languidece.

## EL ARROYO

A orillas del Albarregas  
el niño correteaba.

Con su vocación de río  
fluía, trabajosa, el agua.

Los arcos del viejo puente,  
solitarios, bostezaban.

Sólo la alegría del niño  
hacía la tarde dorada.

## LA ORILLA

La soledad del mar  
en esta tarde de tenaz tormenta.

La lluvia que acuchilla el horizonte  
y el rayo que desgarrar la negrura.

La mirada del niño que no encuentra  
la orilla de sus juegos,  
y las lágrimas vivas que resbalan  
de sus ojos, privados del hechizo.

Cuánta conturbación  
en las aguas confusas del invierno.

## AUSENCIA

Nadie más satisfecho  
con un vaso de vino.

En sus labios las quejas  
no encontraban cobijo.

Cuando cantaba, el aire  
se hacía cercano trino.

Sus brazos, en volandas  
te alzaban el respiro.

Para él pido en mi rezo  
que halle su paraíso.

Triste ausencia.

## DESPERTAR

Todo duerme. Un reloj rasga  
el oscuro silencio de la noche.  
Se desperezan voces soñolientas,  
se entreabren las ventanas  
y entra el aire temprano  
despejando  
las horas de la ausencia.

La casa ya ha fijado  
su respiro  
en el cordial paisaje  
que despierta el albor,  
y el día nacido inicia  
su camino doméstico  
de pasos entrañables.

Va colmando los ojos  
el creciente clareo de la mañana.

## LOS CORROS

Los hombres que comparten  
los días menesterosos  
balbuceando retazos del recuerdo  
que el tiempo ha desgajado en la memoria.  
Aquellos que en los corros desvalidos  
ven tristemente agonizar sus horas  
con un rumor de esfera presurosa  
que arrastra hacia la noche su respiro.  
Esos que rememoran opacados  
las airosas muchachas que tenían  
imantado el andar, bello cimbel,  
y ahora comparten su desposeimiento.

A todos ellos, cristales que fijan  
en las miradas sus cuerpos vencidos,  
vedlos como las sombras que seréis  
cuando agota el azogue su falseo  
y se apaga el reflejo evanescente.

## BANDOLERO

Cruzando Sierra Morena,  
mi caballo, las alforjas  
y el trabuco en bandolera.

¡Galopa, tordo, galopa,  
que atrás se quedan los guardias!

Yo agrando con las espuelas  
el aire que nos distancia.

## NUEVO AMANECER

Lejos, en el horizonte  
aún hay barcas pescadoras.

En la orilla que amanece  
sigue el tesón de las olas.

Por las arenas desnudas  
bajo vuelo de gaviotas.

En las palmeras, el aire  
se despereza en sus hojas.

Y yo contemplando absorto  
el despertar de las horas  
esta mañana, que llega  
con su ofrenda generosa.

“EL TERCER HOMBRE” ( Orson Welles )

Viena en la noche cierra  
sus puertas y ventanas  
para no respirar  
el aire miserable que la hostiga.  
En una de sus plazas solitarias,  
un hombre, entre las sombras,  
aguarda la llegada de otro hombre.

Forzados en la búsqueda,  
ya se acercan los pasos;  
y en el encuentro aciago  
el ayer y el presente  
cuajan su desaliento.

Por las alcantarillas  
bajan las aguas negras  
y huyen los hombres  
de la sangre impura.  
Mientras, en los borrones  
del silencio  
albea el tañido claro de una cítara  
como brioso respiro de la vida.

## CIPRÉS

Ciprés, tu desventura  
es que unimos tu nombre  
a la noche infinita.  
Mas lo cierto es que vives  
serenando la pena  
con jubileo de pájaros  
que corean en tus ramas,  
y eres vigía de la paz que extiende  
su quietud en la tierra primeriza.

Sin ti, ciprés, qué solos  
el tiempo silenciado,  
las flores deshojadas,  
el poso de las lágrimas....

## CASA DE CITAS

Entran, por la ventana  
que el tiempo ha cuarteado,  
jirones de una luz amanecida.  
Las sombras se despejan en las sábanas  
y en las viejas paredes,  
confidentes  
del encuentro furtivo.  
Respira honda la vida,  
y el jadeo de la noche  
es el ardiente eco  
de cuerpos que granaron  
como espigas doradas  
por el hervor fogoso del deseo.  
Los jirones de luz son ya saetas  
que cancelan la estancia  
donde el día  
despide los encuentros  
ajeno al demorado momento del adiós.

## ATARDECER EN TORRE TAVIRA (Cádiz)

Arriba, donde el viento enseñoera  
sus levantiscas ráfagas  
y los ojos encuentran  
barcos que en la bahía  
recalan su cansancio;  
allí, por donde cruzan las gaviotas  
en su peregrinaje hacia la orilla  
y está el cielo bruñido tan cercano  
como una tarde antigua,  
ves la cámara oscura.  
En ella la ciudad  
sube hasta la mirada  
el humano trasiego  
de sus calles fogosas,  
que, fieles, dan al mar  
el encuentro salino.

Cuando va anocheciendo en el paisaje  
de miradores altos y veletas,  
el sol, ascua que muere,  
en las aguas esparce  
su rojiza agonía.  
Y Cádiz centellea  
como coral surgente,  
y su luz ensoñece las pupilas  
que, rendidas, contemplan  
el salobre fulgor que las deslumbra.  
En la cámara oscura  
su sombra y el deleite en el latido

se funden en el fuego  
que acrisola el entorno,  
donde el mar, leal amante,  
reitera el beso blanco de la espuma.

## OSADÍA (Bergantín)

La sogá en el noray amarra el barco  
que en la quietud del agua contenida  
ha varado su cuerpo desafiante,  
y ahora reposa tras la travesía  
donde sufrió el acoso de las olas.  
Mañana, cuando vuelva a navegar  
y tras de la bocana el mar aguarde,  
huracanado y hosco, su presencia,  
retornará la pugna que mantiene  
para no zozobrar y en lo profundo  
yacer junto a los pecios arrumbados  
donde pena el arrojo su osadía.

## EL CAMIONERO

El frenético giro  
de metales veloces  
y el riesgo imprevisible  
sobre el trazo infinito.  
Y el hombre -su mirada  
celante de la ruta  
y los brazos flecheros  
como tensados arcos-  
con su arnés de paciencia  
batalla denonado  
contra el rigor del tiempo  
y su monotonía.

## CONFÍO

Yo dejaré mis versos en la arena  
aun sabiendo que el mar  
ha de sumirlos  
en el fosal del tiempo.

Confío que en otro día  
regresen mis canciones  
como vuelven las olas,  
eternas, a la orilla.